

Impresiones de un Estudiante Occidental sobre las Universidades de la Rep. Popular China

En el número 23 de *Le Monde de l'Éducation* (diciembre 1976) se publicó un interesante testimonio hecho con las impresiones de un estudiante francés que estuvo durante un año en la Universidad de Liaoda, de Shenyang, China. Su estancia en aquel país comenzó en octubre de 1975 y terminó en septiembre de 1976, justamente una semana antes de la muerte de Mao-TseToung. El testimonio de Jean-Philippe Béja se refiere al período anterior al movimiento que sigue actualmente la República Popular China, pero aporta ideas que ayudan a comprenderlo. Béja es investigador del Centro de Estudios de Relaciones Internacionales de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de Francia, y pertenece a un grupo de veinticinco estudiantes franceses que entraron en el programa de intercambio cultural entre Francia y China. Estuvo primero en el Instituto de Lenguas de Pekín para perfeccionar el idioma y posteriormente en la Universidad Liaoda donde estudió literatura moderna. Incluimos en seguida un extracto del artículo de Jean-Phillipe Béja y conservamos, en su traducción, el estilo narrativo original del testimonio.

En febrero de 1976 llegamos a la Universidad de Liaoda (Liaoda es la abreviatura de “Liaoning Daxue”), la cual se encuentra en Shentang, una gran ciudad de 4 millones de habitantes, situada a 700 kilómetros al noreste de Pekín.

La primera semana la pasamos en reuniones dedicadas a instruir a los “recién llegados” en las condiciones de Liaoda. Después, el vicepresidente del departamento encargado de los estudiantes extranjeros explicó los reglamentos universitarios y dijo un discurso extremadamente riguroso:

“Han venido aquí para estudiar. Crearemos las mejores condiciones posibles a fin de que ustedes logren su objetivo. Deberán levantarse a las 6 de la mañana, irán a las clases de las 8 a las 11, comerán a las 12, después descansarán hasta las 13.30; de esta hora a las 16.00 estudiarán individualmente, practicarán algún deporte de las 16.00 a las 18.00 horas, y finalmente la luz se apagará a las 21.30. Queda absolutamente prohibido llegar tarde a las clases. Aquí están ustedes en un país socialista. Sé que en los países capitalistas ustedes hacen frecuentemente huelgas. Les recuerdo que aquí no existe tal cosa. Si tienen alguna dificultad, consulten a sus profesores, ellos están para ayudarlos. Tienen también dos asesores, uno para las mujeres y otro para los hombres, los cuales se esforzarán por resolverles sus problemas. Les recomendamos que el presidente Mao nos enseña que es necesario ayudarnos mutuamente. Espero que sus estudios en Liaoda sean satisfactorios”. El discurso no nos inquietó pues después de estar seis meses en China, comprendimos que a menudo hay una distancia considerable entre los discursos y la realidad.

Como las clases nos ocupaban sólo tres mañanas de la semana, comenzamos a explorar la ciudad. Una de las mayores dificultades que encontramos fue la curiosidad de los chinos ante nosotros. En Shenyang, a diferencia de Pekín, la gente se muestra curiosa cuando ven a un occidental. Las escapadas no eran del gusto de los “camaradas de la administración”. Después de los recordatorios que se nos hacían sobre la observancia del reglamento, nosotros discutíamos que los profesores estaban satisfechos de nuestros estudios y que para nosotros estudiar no sólo significa leer libros sino también, y en esto éramos fieles a las enseñanzas del presidente Mao, queríamos salir de la escuela para aprender de manera directa en la realidad; sin embargo, ellos siempre nos decían: “Comprendemos el deseo de ustedes de estudiar la realidad china. Si ustedes quieren, transmítanos sus opiniones, y estudiaremos la posibilidad de organizar visitas para que puedan ver lo que pasa en China. Pero ¿qué necesidad tienen de andar por las calles? Allí no encontrarán personas que estén en posibilidades de darles información interesante.” Después de estas entrevistas, alguien del grupo reincidía, pero, sin embargo, la administración jamás hizo amenazas ni nos impidió salir de la universidad. El método adoptado era siempre el de la persuasión. El más grave conflicto que tuvimos con las autoridades chinas fue en enero de 1976 en el Instituto de Lenguas de Pekín. Llevados un buen número de nosotros por el movimiento de 1968, habíamos creído encontrar en esa época la solución a los numerosos problemas de la enseñanza en la revolución cultural. Este hecho fue el que personalmente me había impulsado a iniciar estudios del Chino.

Uno de los conflictos que tuvimos en la Universidad de Liaoda fue a propósito de la organización de una estancia en una fábrica, lo que se llama en China “la escuela abierta”, una de las realizaciones de la revolución cultural. Todos los estudiantes universitarios chinos tienen la obligación de pasar, cada año, un mes como mínimo en el campo, en las fábricas o en el ejército. En este período, trabajan con los obreros, los campesinos

y los soldados, y en la noche tienen clases con los profesores o reuniones con los trabajadores. Aunque no estábamos en el mismo caso que los estudiantes chinos, debíamos practicar la “escuela abierta”. Esta perspectiva nos entusiasmó y esperábamos que la estancia fuera larga. Nos tocó en una fábrica de máquinas herramientas. Pero no dormiríamos ni comeríamos con los obreros, porque “la comida no era buena”.

La estancia en la fábrica comprendía lo siguiente: en la mañana había una discusión con los obreros de la fábrica en torno a los elementos esenciales de la vida de la fábrica y, sobre todo, a los cambios que ocurrieron después de la revolución cultural. La mayoría de los debates, que se limitaban comúnmente a largos monólogos, eran extremadamente teóricos y no nos permitían comprender de qué modo la revolución cultural se ha desarrollado concretamente en una fábrica. Se organizaron otras reuniones sobre literatura, nuestra especialidad. Estas no tuvieron gran interés pues los obreros repetían casi siempre las palabras de los profesores. A mediodía, nos íbamos a la universidad a comer y después íbamos a los talleres a hacer trabajos manuales, de las 13.30 a las 16.30 horas. Cada estudiante trabajaba bajo la dirección de un obrero; el maestro del taller era algo así como el que informaba al estudiante. Regresábamos a la universidad a las 16.30 horas, en tanto que los obreros participaban en un curso de estudios políticos.

Estuvimos así durante dos semanas. Desde el principio decidimos no someternos a la decisión de la dirección, y un grupo pequeño llevaba su comida a los talleres. Los obreros se mostraron muy contentos y nos dieron lugar en sus mesas. La mayoría come cerca de sus máquinas. Conversábamos sobre la vida de los países en nuestros respectivos países, y ellos nos preguntaban si también los estudiantes de nuestros países iban a las fábricas y al campo. Con el transcurso de estos días, se estableció una sólida amistad entre los obreros y nosotros.

Pero después de la segunda semana el responsable de la Universidad nos dijo que una minoría de estudiantes estaba violando la disciplina colectiva, que pretendía ir contra la corriente, quedándose a comer con los obreros y, dijo que “esta actitud libertina era totalmente inadmisibles”. Luego de esto, exigimos una reunión en la que pedimos explicaciones. El responsable del departamento nos dijo: “El problema no está solamente en el hecho de que ustedes se nieguen a someterse a la disciplina, sino en que ustedes tienen un verdadero deseo de estudiar la clase obrera china. Ustedes han afirmado que van contra la corriente, lo cual equivale a calificarnos de revisionistas. En nuestro país, esta es una acusación extremadamente grave y no podemos tolerarla.” Como no deseábamos intervenir en un problema tan complejo (e incomprensible) como era la lucha entre las dos líneas del partido comunista chino, explicamos que “ir contra la corriente” significaba para nosotros solamente rebelarse contra una decisión que encontrábamos injusta y que no tratábamos de llamarlos revisionistas. Después de este incidente en el cual los obreros nos oyeron hablar, nuestra amistad se reforzó. Nos pedían que les volviéramos a hablar del movimiento francés de mayo de 1968, y de los problemas de Italia, y nosotros les pedíamos que nos contaran sobre la participación de ellos en los inicios de la revolución cultural. La estancia en la fábrica nos permitió aprender en quince días mucho más sobre la vida china que nueve meses en la universidad. La escuela abierta de la fábrica de máquinas-herramientas es para mí el mejor recuerdo de mi estancia en China.

Ser estudiante en China no consiste solamente en “estudiar la clase obrera”, sino de estudiar nuestra especialidad, la literatura moderna (1919-199). Nuestros cursos figuraban dentro del conjunto reservado a los extranjeros, pero los manuales eran los mismos que llevaban los estudiantes de la facultad de Letras, los cuales son hechos por los profesores y los alumnos de la Universidad. Todos son de después de la revolución cultural, la mayoría de después de 1973. El más importante es el curso de teoría literaria. Para nosotros consistió sobre todo en estudios de los escritos de Marx sobre el realismo.

Tuvimos que leer el prefacio de *La comedia humana*, y *Eugenia Grandet*, de Balzac, y una novela *City Girl*, del siglo XIX, de Elizabeth Hankness. Estas obras están traducidas al chino y son lecturas obligatorias para todos los estudiantes de literatura. El asunto de estas novelas es del “personaje modelo en un medio ambiente modelo”. Según Marx, Balzac, a pesar de sus opiniones políticas reaccionarias, supo describir el ascenso de la burguesía a principios del siglo XIX. Se destaca en las obras que el partido republicano representa el porvenir, mientras que la nobleza aparece como una clase condenada. Tuvimos muchas discusiones sobre el concepto del mundo de Balzac y sobre la manera en que describe la sociedad de la época. Según nuestros profesores, *El farol rojo*, una ópera de Pekín con tema revolucionario contemporáneo, y *La vida luminosa*, una gran

novela de Hav Ran, representan igualmente un modelo de realismo y de romanticismo revolucionario, y que corresponden a las obras de Balzac, en la época de la revolución socialista china.

El concepto de “modelo” es esencial en el curso de literatura. Para constituirse en un “modelo”, es necesario que el contenido de una obra o los héroes, representen la tendencia histórica principal (el ascenso de la burguesía en la época de Balzac, el ascenso del proletariado en la época actual), que se presente una sinopsis de la sociedad descrita. Los personajes deben ser descritos concretamente, y sobre todo, los héroes modelo sólo deben ser “positivos”. Según la teoría literaria que se enseña en China, el personaje central de una obra sólo debe seguir una línea política justa. Esta es la única manera en que la literatura podrá realmente ser útil a los obreros, los campesinos y los soldados.

El curso de literatura moderna que llevamos, abarca la literatura china entre el movimiento del 4 de mayo de 1919, verdadera muestra de la revolución literaria, y la liberación de 1949. Los libros de los autores de esta época no se consiguen en las librerías, excepto los de Lun Xun. Buen número de estos escritores eran miembros del partido comunista y han sido perseguidos por esto. Bai Mang y Ruo Shi fueron fusilados en 1931. Lu Xun, quien ha sido designado como el “comandante en jefe de la revolución cultural”, escribió un artículo en memoria de aquellos escritores, el cual se estudia en todos los liceos chinos, hecho que provoca que las obras de ellos no estén en las librerías. El curso de literatura se ocupa sobre todo de la historia de las luchas entre las innumerables sociedades literarias que florecieran en ese período. Cada autor es apreciado en función de sus posiciones políticas del momento y después se le atribuye una marca negativa o positiva. Las cualidades del escritor se toman en cuenta, pero de manera secundaria. Uno de los autores acusados de ser agentes de la burguesía es Hu Shi, quien efectivamente reclama para China una democracia a la americana. Los chinos han descubierto una lucha entre las dos líneas en el terreno literario; los cuatro Han, Qu Qiubasi, miembros del partido comunista, son acusados de ser capituladores, mientras que Chen Boda, que fuera secretario de Mao-Tse-Toung y que desapareció con Lin Piao, es acusado de haber trabajado para Kouomintang desde 1931 .

Sin embargo, el curso de literatura tiene el mérito de ver autores que no son conocidos desde la revolución cultural, al menos en los documentos accesibles para los occidentales. Algunos estudiantes chinos están muy conscientes del privilegio que representa la posibilidad de leer obras que están en “entredicho”, y admiten que esos autores escriben mejor que los escritores contemporáneos. Nuestro profesor de literatura moderna parecía estar convencido de corresponder, sobre todo en sus actitudes y su manera de hablar, a un intelectual chino tradicional.

Los cursos se desarrollan bajo un mismo plan, como sigue. El profesor da una especie de conferencia durante dos o tres sesiones de tres horas cada una, luego una sesión de tres horas para la discusión por parte de los estudiantes. Las discusiones eran siempre sobre los héroes modelo, el medio ambiente modelo. Sólo fuera de los debates, en conversaciones particulares con el profesor de teoría literaria, hablábamos de escritores como Moravia o André Malraux. Pero los estudiantes chinos no se interesan por escritores como éstos. Por eso es que nos sorprendimos mucho cuando supimos que un compañero había dedicado sus años en la universidad para leer en chino a Hemingway, Tagore, Aragón, Dumas. Con Pequeño Li, como le llamábamos, discutía sobre el movimiento francés de mayo de 1968, sobre la Comuna de París, e incluso sobre la vida cotidiana de Europa Occidental. Por su parte, él nos hablaba de sus inquietudes acerca del futuro de China, del bajo nivel cultural de los cuadros del partido comunista, de la dificultad para cambiar una sociedad feudal todavía muy recalcitrante, a pesar de los numerosos movimientos críticos del confucianismo, y de la necesidad de profundizar la revolución en la enseñanza.

El Pequeño Li era una excepción dentro del estudiantado chino. Muchos estudiantes no siguen los estudios literarios porque la unidad de producción a la que pertenecen los designa para ir a la universidad después de haber trabajado 2 años como mínimo, y no escogen su especialidad. Generalmente estudian economía política, historia del movimiento obrero internacional o periodismo. La tesis para los estudiantes de tercer año de la Universidad Liaoda consiste en escribir un manual de enseñanza sobre la literatura extranjera.

Nuestras relaciones con los estudiantes chinos fueron haciéndose más estrechas. El último domingo del mes de julio nos dieron una despedida, un paseo en barco en un lago del sur de Shenyang. Después una cena en

la ciudad. Al final de la cena, Pequeño Li vino hacia mí y me dijo lo siguiente: “Sé que tú no compartes todas mis ideas, y que nuestras concepciones políticas a veces difieren, pero siempre hemos discutido todo, y estoy muy satisfecho de ser tu amigo. No nos veremos jamás. Sin embargo, aunque viva setenta u ochenta años, no te olvidaré jamás.” Por mi parte, no he olvidado.